HIJO PREDILECTO DE OJÓS

Francisco Banegas

CONSEJERO DE LA PRESIDENCIA. ALCALDE PRESIDENTE DEL AYUNTAMIENTO. CONCEJALES. SECRETARIA DEL AYUNTAMIENTO. DAMAS Y CABALLEROS. QUERIDOS AMIGOS, PAISANOS Y FAMILIARES.

Permitidme que empiece diciendo que la gratitud es una de las más delicadas y sublimes virtudes que puede una persona atesorar y, lo es, porque la creencia está en que para ser sincera debe nacer de una profunda humildad: el reconocimiento de haber recibido algo gratificante o elogioso aparentando que no creemos merecerlo: rotundamente falso, constituye, en sí misma, toda una oportunidad. Y dejadme decir que saber recibir la gratitud que se nos ofrece es también un acto de sublime humildad y delicadeza.

Por tanto. No seré yo quien enmiende la plana al alcalde, a los concejales, y a todos vosotros que con vuestra presencia rubricáis el nombramiento y conferís valor efectivo al simbolismo que el honor encierra: ser nombrado Hijo Predilecto de Ojós.

Gracias, gracias a todos por acompañarme en el que con seguridad, es uno de los momentos más importantes de mi vida y, sin duda, el más emotivo de cuantos he vivido en una trayectoria vital a estas alturas ya ampliamente dilatada.

Hijo Predilecto es aquel que es preferido por amor o afecto especial, dice literalmente el diccionario de la Real Academia Española. Y aunque ya he expresado el placer que representa, siento la necesidad de preguntarme si hice lo necesario para merecer un reconocimiento de esta naturaleza, pues no hay momento más importante en la vida de un ciudadano que aquel en el cual está siendo proclamado con este título en la ciudad en la que nació.

Prometo que haré lo posible por corresponder a vuestra benevolencia y generosidad y, sobre todo, al compromiso que representa lo que habéis puesto sobre mis espaldas al distinguirme con un título que lleva implícito el reconocimiento de mi persona como ejemplo o símbolo de las generaciones sucesivas.

Por convicción personal, más que por razones de protocolo, me veo en la necesidad de hacer un paréntesis para dedicar unas palabras de recuerdo a una persona muy querida, con la que comparto primer apellido en línea paterna: Adela Banegas, que también recibe el homenaje de ser nombrada Hija Adoptiva de Ojós

a título póstumo, palabra que a mí me hace sentir incómodo, un reconocimiento ceremonial que va más allá de la vida: después de la muerte; su propio significado provoca reacciones muy emotivas y tristes aunque se realice con el propósito de rendir respeto a una persona que fue reconocida y admirada.

Rebobinando su trayectoria, única posibilidad que nos queda ante la imposibilidad de su presencia, caemos en la cuenta de que la vida es el resultado de lo que hemos ido haciendo con ella, y, en su caso, el equilibrio entre lo deseado y lo conseguido. Adela fue una mujer rebelde, con fuerte personalidad y sofisticada presencia, que se adelantó a su tiempo y empezó a triunfar demasiado pronto. Frecuentaba los círculos más sofisticados del arte y la vanguardia en la capital de España, donde su juventud y brillo natural lanzaban destellos deslumbrantes que no pasaron inadvertidos a los periódicos de la época.

Como la mayoría de la familia de mi padre, Adela vivió su juventud en Aranjuez, y su cercanía a Madrid, donde recibió clases de pintura en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, le dio la oportunidad de frecuentar con la alta sociedad, ambientes especializados, artistas reconocidos, y el privilegio de exponer su obra en el Circulo de Bellas Artes de Madrid donde la notable calidad y belleza de sus lienzos motivó la atención del periódico ABC, que le dedicó varios artículos, y el reconocimiento profesional como notable creadora de vigorosa personalidad.

Los artistas viscerales, en cualquier tipo de arte, transmiten y expresan de forma diferente. Intentan exponer su mundo interior, es decir, sus emociones y sentimientos más profundos, al recrear un universo distinto, a veces, ajeno a la realidad.

La guerra civil truncó parte de sus sueños, porque aunque la fortaleza consiste en soportar y resistir las adversidades con firmeza y serenidad, con ganas de superarlas y vencerlas, cualquier análisis personal es casi siempre deficitario por exigencias del guion.

La madurez significa haber superado las heridas del pasado, ir cerrándolas, y a la vez trabajar el proyecto personal con orden y constancia. Adela no lo tuvo fácil, tras un período nómada donde intentó darle sentido a su vida y a sus desencuentros, se refugió en Ojós donde vivió la última gran parte de su vida. Las metas demasiado amplias, tienen unos perfiles borrosos y desdibujados. Lo primero es hacer la cirugía estética del pasado, lo segundo la ocasión de conjugar lo que siembras y recoges con lo que el destino te depara. La esencia del arte es principalmente transmitir y expresar, de manera diferente, sentimientos y emo-

ciones. Cada uno necesita resolverse como problema, cuando la realidad supera la ficción y los sueños. Adela era una soñadora inconformista, y todos tenemos constancia de ello.

Allí donde estés -no lo sé, porque tienes difícil encaje-, seguro que seguirás soñando, tomando apuntes o bocetos, pensando en que, algún día, pintarás la exposición de cuadros más universal que existe, plasmando, en tus lienzos, las experiencias de ese otro mundo tan enigmático que todos intuimos a nuestra manera, pero que ningún mortal, ni los que llevan el uniforme de afiliado, tiene la más remota idea. No sé cómo, ya ves que nadie ha vuelto para contarlo, pero estoy seguro que algún truco o vericuetto intentarás encontrar para conseguirlo. Mientras tanto recibe el más cariñoso homenaje de tus hermanos de adopción.

Cada existencia es una ventana abierta de sabores que se agolpan. La memoria es también nostalgia, sentimientos con los que nos gusta reencontrarnos aunque, frecuentemente, vengan acompañados de dolor y de ausencias. No casualmente, sino en el seno de una familia que tiene en ella raíces seculares: tanto mis abuelos como mis padres, la mayoría de mis hermanos, o mis tíos, mis cuñados y otros miembros de la familia, nacieron y murieron en este pueblo y el honor que hoy hacéis recaer sobre mis espaldas trasciende, desde luego, a ellos, no solo como antepasados biológicos sino espirituales y, repito, no hay momento más importante porque no hay un honor comparable al de ser acogido por su propia ciudad como hijo suyo predilecto, sobre todo cuando en ella he tenido tantas vivencias, amigos y seres queridos, algunos de ellos me acompañan hoy en esta sala y doy gracias a Dios por ello.

Tengo que decirles que desde el momento en que recibí la noticia de mi nombramiento, mis prioridades se centraron en este discurso y dos cosas me han obsesionado en el transcurso del mismo: ponerle un poco de humor para quitarle el “corsé”, cosa que no he conseguido porque la responsabilidad ha pesado mucho más, y algo que me propuse cumplir sí o sí, en ningún momento decir no me lo merezco, pues podría correr el riesgo de que respondierais: si no te lo mereces para que te lo vamos a dar.

Vivir es descubrir, adentrarse, buscar, sortear las dificultades. He Cumplido 84 años, se dice pronto, y mi cerebro se ha deteriorado incapaz de acumular y procesar tantos acontecimientos vividos. Ya veis que voluntad no me falta, pero a la vista está que no es suficiente.

Pero no se trata de hablar de mí, ni de mis méritos, suponiendo que tenga alguno, entre otras razones porque una persona que tiene que explicar quién es, como mínimo hay que ponerla en cuarentena. Hoy quiero referirme sencillamente a que en el fondo, todos tenemos una historia que contar. Y conviene, de cuando en cuando, despertar en nosotros mismos estas oscuras resonancias sentimentales que un día fueron el muelle tenso de nuestra vida y hoy se han relajado dulcemente en el seno de nuestra personalidad.

Todos marcamos sobre el haz del Universo, con ligeras variaciones, una melodía suave o desgarrada, y al escuchar, a veces, la música, algo se levanta en nuestro espíritu como una misteriosa bandada de sensaciones, un recuerdo caótico indiscernible: el revuelo de las horas pasadas, marchitas, hechas sedimentos invulnerables en la capa más profunda de nuestro ser. Y todos sabemos que los pueblos que olvidan o no recuerdan su historia están destinados a repetirla.

Nací envuelto en una guerra civil, tan absurda como inevitable, en la que a unos les toco hacer de héroes y a otros de villanos, cada uno esgrime sus razones sobre un escenario de vida y muerte donde solo sobresale el antes y el después. Vivíamos en Aranjuez donde mi padre trabajaba en negocios familiares. Sé lo que es el pánico de las sirenas anunciando los bombardeos. La vida en los refugios, donde la estrechez de los pasillos impedía el paso y la gente se atropellaba unos con otros con la frialdad que produce el miedo y la impaciencia. Sé lo que es pasar las horas del horror y la incertidumbre, apretujados y encogidos en aquellas destartaladas estancias de paredes agrietadas, donde la humedad aparecía mugrienta y mi madre rezaba en silencio.

Y no solo fue mala la guerra para los que perdimos familiares y amigos en uno y otro bando, también lo fue para los perdedores combatientes. Pero, sobre todo, y esto es lo más sorprendente, fue mala hasta para los vencedores, pues tras la euforia colectiva, el alboroto, las campanas al vuelo al paso de las tropas nacionales, y el patriotismo exacerbado, la cruda realidad se impuso depositando las consecuencias en la mayoría de los hogares españoles. Y, podéis estar seguros, para los que la hemos vivido, resulta una experiencia difícil de olvidar.

El desarrollo de nuestra libertad depende de nuestra determinación. Mi padre llevaba tiempo pensando en la posibilidad de salir de aquel lugar donde la vida dependía de un hilo, y volver al pueblo donde todavía conservaba su casa y algunas fincas. Las noticias que llegaban de familiares y amigos es que aquí las cosas estaban más tranquilas, no había ese clima de confrontación que allí se respiraba. La grandeza de las gentes de este pueblo estuvo en su comportamiento. Supongo

que habría partidarios de los dos bandos y tendrían que guardar las apariencias, pero coincidían en lo fundamental. Este pueblo que parece poseer el secreto de hallar las fuentes de su vida y de su progreso solamente en las cosas bellas, también supo estar a la altura de su grandeza

La terminación de la guerra a finales de 1939, fue como una liberación, más bien un descanso en principio, que pronto se convertiría en una especie de espejismo donde la realidad se mostraba con una crudeza desmoralizadora para la mayoría de la población.

Los acontecimientos se suceden a tal velocidad que es difícil poder reflexionar de forma adecuada sobre ellos y sus consecuencias. La posguerra (y ahí es donde empieza el calvario), fue un tiempo en España de privaciones, de sufrimientos, de cura de enfermedades y de llorar por nuestros muertos. Porque en la rendición de cuentas que cada sociedad se hace del pasado, que es en lo que consiste la historia como disciplina científica, podemos comprobar que las cuestiones hacia las que un determinado presente muestra una sensibilidad especial, son las que con frecuencia suscitan las preguntas que ahora nos formulamos de aquel pasado

Hoy, con este nombramiento que me habéis otorgado, aparece todo un cúmulo de sensaciones guardadas en el fondo de la memoria que ni siquiera había reparado nunca, concentradas todas ellas con una intensidad que llegó a sorprenderme. Es como si viviera de nuevo toda la red afectiva y de lazos familiares que marcó mis primeros años de infancia y adolescencia.

Los jóvenes educados en la posguerra, en la época de la reflexión y de los sueños, nos afanábamos en buscar alicientes a la monotonía del pueblo sin otra posibilidad en esas edades tan tempranas, por lo que era importante aprovechar cualquier oportunidad. Me invitaron a una excursión a Mazarrón pueblo costero de la provincia de Murcia, que hoy todos conocéis. Era la primera vez que yo veía el mar, y quedé extasiado y estremecido por el espectáculo que ofrecía aquella inmensidad que se perdía en el infinito. La fantasía del sol ostentaba su magia en el fondo rosado de las nubes, reflejadas en la superficie sobre las olas enfurecidas. Qué espectáculo más fascinante e inspirador. El mar aparecía embravecido y las olas rompían sobre las rocas, repetidamente, con furia, en un desafío incontrolable. El horizonte se ofrecía ante mí sugeridor y enigmático, con un fondo esmeralda que acentuaba su belleza. Fue un momento inundado de magia, grabado en mi recuerdo como una experiencia irrepetible.

Cuando volví al pueblo, una vez finalizada la excursión, mi mentalidad había cambiado, de mí se había apoderado una maravillosa motivación, y el futuro

móstraba un horizonte infinito de posibilidades. El paso de la adolescencia a la juventud se había convertido en una vía de sentido único, el propósito de anhelos que esperamos poder hacer realidad: luchar por lo que realmente deseas conseguir y el convencimiento de que la vida es sueño y actitud. En una palabra y dicho de forma descriptiva: inteligencia es capacidad para aprender, tino para juzgar, arte y oficio para gestionar la propia vida en los grandes temas, intentando aspirar a lo mejor dentro del lento proceso de adaptación a los tiempos y al progreso que lleva implícito.

Nosotros, entonces, ignorábamos las inmensas oportunidades políticas, económicas y culturales que el futuro pondría a nuestro alcance, a pesar de contar con un idioma tan importante como el nuestro, el segundo creo yo, o el tercero más hablado del mundo. Pero aferrarse a esos viejos clichés era absurdo, cuando el desarrollo económico era radicalmente distinto en España con respecto a otros países. Vivíamos en la conformidad y el escepticismo. Muy diferente ahora. No existía la televisión, ni se le esperaba, solo la radio primeriza y escueta, escasa y precaria pues eran pocos los que podían permitirse ese privilegio.

Pese a que los tiempos han cambiado mucho desde entonces, seguimos en el intento de mejorar todo aquello que sea preciso para renovar su significado y su relevancia.

Entonces, ni en sueños aspirábamos a lo que hoy simboliza Europa: democracia, apertura y progreso. Ahora nuestros jóvenes no lo idealizan, como lo hacíamos nosotros, porque muchos de ellos han estudiado o tienen una licenciatura, han aprendido idiomas, han viajado por otros países, conocen de primera mano sus virtudes, sus defectos, y carecen por completo de aquél viejo sentimiento de inferioridad.

Los que tenemos una “juventud” tan dilatada (permittedme la ironía) y sufrimos desde nuestra infancia los horrores de la guerra, sabemos lo que significa una transición pacífica, modélica como ha sido la nuestra, y la necesidad de aprender a vivir en el dialogo. El pasado 6 de diciembre se cumplió el 40 aniversario de la Constitución, y sería triste reconocer que la única lección que nos depara la historia es que nunca aprendemos de ella. En lugar de hacer olvidar estamos empeñados en mantenerla viva, con el riesgo que esto representa.

En medio del escepticismo, vivimos una crisis transcendente que coloca a los individuos y a los pueblos ante la necesidad de iniciar una nueva convivencia,

cuando si acertamos a combinar nuestros derechos con los derechos de los demás, conseguiremos desterrar para siempre las diferencias irreconciliables del rencor y la venganza, y lograremos una España unida en sus deseos de paz y de armonía. Porque vivimos en una sociedad que necesita y desea liderazgo de ideas, buscando una identidad de la que no tengamos que arrepentirnos.

Cuando las dosis del equilibrio no se respetan vienen los conflictos sociales o el deterioro económico y, al final, el fracaso del sistema. No sé si me estoy explicando bien. Se está produciendo un fenómeno imparable, en lugar de un empleo para toda la vida, se nos va la vida buscando empleo. Por tanto, esa dura realidad tiene que atemperarse con parámetros sociales, pues de lo contrario tendremos un ejército laborar de nómadas inseguros e insatisfechos que no pueden montar su vida con normalidad y que origina una sociedad también insegura y fragmentada.

Se ha generado una grave crisis en nuestra democracia, con repercusiones todavía incalculables que pudieran llevar a la ruina, por ser cada vez más hondo el daño y más difícil la reparación.

Y yo me pregunto, como os pregunto a vosotros: en estos momentos, en que todos estamos inmersos de una manera u otra, ¿podemos acertar a decir algo que traspase el muro de unos oídos exhaustos de oír ecos discordantes, promesas vacías y declaraciones huecas? ¿Seré capaz de pronunciar alguna palabra que aporte cierto valor o un mensaje de esperanza? Y, sobre todo, ¿hay algo en el discurso cotidiano que posea el don de la verdad? O sería pedir demasiado en un momento en el que al parecer todos somos sospechosos, incapaces de decir algo que sea mínimamente creíble?

Nuestra existencia está ocupada por retazos de nuestra vida, recuerdos de nuestra memoria, girones de nosotros mismos.

Aprender que cosas debemos olvidar es sabiduría. Madurez es saber echar fuera de nuestra memoria todo aquello que ha sido perturbador y quedarnos con la lección aprendida de aquellas experiencias. Pero borrando la parte dañina.

No sé si lo he conseguido, pero podéis estar seguros de que mi intención ha estado centrada en la coherencia, en la preocupación por averiguar hacia donde nos dirigimos, a los cambios que se están produciendo en España y en el mundo, el rumbo al que los acontecimientos nos van a obligar y, sobretodo, al intento de aportar luces a la oscuridad del horizonte, lo que nos espera y lo que nos amenaza. Se trata de agitar nuestra consciencia para evitar el adormecimiento que

próduce la rutina, el reiterado mensaje subliminal, el peligro de lo que ya no es una manzana podrida -la descomposición ha contagiado a un gran número de ellas, y puede seguir avanzando-, por eso tenemos que aferrarnos a la grandeza de la democracia y, a su vez, atentos a su gran peligro: un solo voto puede inclinar la balanza hacia un espejismo que, al dejar de serlo, nos muestre un horizonte de confusión y de ambiciones incontroladas de futuro irreversible. Porque el futuro, repito, quizás no lo podamos marcar nosotros, pero si podemos influir en él. Jamás he dejado que nadie pueda decidir por mí, solo al destino, porque eso resulta verdaderamente inevitable

Podría seguir, pero me estoy quedando sin voz, y vosotros sin paciencia.

Termino, con una reflexión:

UNO DE LOS HÁBITOS DE LA MENTE ES LA INVENCIÓN DE IMAGINACIONES FASCINANTES. LOS DESEOS, LOS SUEÑOS Y LA INCERTIDUMBRE, NOS PIERDEN EN SU LABERINTO, HASTA EL PUNTO DE NO SABER QUE ES REALIDAD Y QUE ES FICCIÓN.

Y COMO DIJO EL POETA:

La vida no es la vida que vivimos

La vida es el honor y es el recuerdo

Por eso hay muertos que en la vida viven

Y hombres que viven en la vida, muertos